

rante la travesía tempestades y calmas, eran víctimas del clima, sin que su ejemplo apartase á otros de ir á reemplazarlos. El padre Bourdais instruyó y bautizó á muchos indígenas; pero las esperanzas concebidas se desvanecieron al ser destruida la colonia.

No hay, pues, país donde no haya resonado la voz de los misioneros. « Mares, tempestades, hielos del polo (dice Chateaubriand), ardores del trópico, nada los detiene; viven con el Groenlandés; atraviesan con el Tartaro y el Iroques inmensas soledades; montan en el dromedario del Árabe; siguen al Cafre errante por en medio de sus abrasadores desiertos, el Chino, el Japonés, el Indio son sus neófitos; no hay isla, no hay roca del Océano á que no extiendan su celo, y así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambición de Alejandro, hoy falta tierra á la caridad de los misioneros. ¡ Y á cuántos piadosos engaños, á cuántas santas astucias, no se ven forzados á recurrir para anunciar á los hombres la verdad! En Madura adopta el traje de penitente indio y se sujeta á sus costumbres y austeridades repugnantes ó pueriles; en China se convierte en mandarin, letrado ó astrónomo; en cazador y en salvaje entre los Iroqueses. »

CAPÍTULO XIX

Japon.

Al llegar aquí, los pasos de los mercaderes europeos y de los misioneros nos conducen de nuevo hácia los pueblos antiquísimos del remoto Oriente, que desde aquella época entraron en relaciones de amistad y enemistad con Europa.

No tiene rival en el mundo el archipiélago mas oriental del Asia, que se extiende entre los 126 y 148 grados de longitud oriental, y sube desde los veintinueve á los cuarenta y siete de longitud. Nosotros lo llamamos Japon, y los naturales *Nipon*, por el nombre de la isla principal que significa (*Niz pon*), base del fuego, lugar de donde el sol se levanta. Esta y las otras de Kiuchu y de Sikokf, en medio y alrededor de las cuales están esparcidas multitud de islas menores, forman el imperio del Japon. Los antiguos no lo conocían, y Marco Polo habló de él, llamándolo *Xipango*; despues, á mediados del siglo XVI, tres Portugueses arrojados á sus costas por la tempestad, lo descubrieron, no tardando los mercaderes en establecer allí bancos de comercio, y los misioneros en llevar las artes y la religion (1).

(1) KAMPER, *Historia del Japon*, en aleman. CHARLEVOIX, *Hist. du Japon*.

Brevis Japponia insulae descriptio, ac rerum a patribus Societatis Jesu gestarum succincla narratio. Colonia, 1580. Cartas del Japon y de la China en 1583-90, escritas al rev. vic. general de la C. de J. de Roma, 1591.

Actualmente se está publicando un *Voyage au Japon exécuté pendant les années 1823 à 1830, ou description physique, géographique et historique de l'empire japonais, de Jézo, des*

El mar que circunda al Japon es peligroso, el acceso difícil á causa de los muchos escollos, el clima agradable. La isla principal, sembrada de cráteres y conmovida por frecuentes temblores de tierra, abunda en manantiales que alimentan una robusta vegetación. El té crece allí sin necesidad de cultivo; los bambúes adquieren un tamaño gigantesco en las cañadas; la pimienta negra, el azúcar, el algodón, el añil, el jengibre, el laurel indio, el árbol del alcanfor y del barniz alternan con el alerce, el ciprés y el sauce lloron de los climas templados. La estación cálida es interrumpida por frecuentes huracanes; en seguida las lluvias se suceden durante algunos meses, cambiándose luego en nieves. Las entrañas de la tierra son tan pródigas en oro y plata, que para que no desmerezcan estos metales, se ha limitado su excavación: allí se usa el cobre en vez del hierro, y se obtiene con abundancia mercurio, azufre, betún y carbon fósil.

Mientras el buzo arranca de los abismos del mar la madre de la perla mas hermosa de Anfitrite, millones de campesinos cuidan de que no quede sin cultivo un palmo de tierra, crían el gusano de seda y trabajan los estambres. Hay pocos caballos, y estos pequeños; el jabalí y la cabra están desterrados de su territorio, como perniciosos á la agricultura; el carnero es superfluo, por la abundancia de la seda, y ayudan al labrador ciertas vacas pequeñas y búfalos jibosos. Un rey, llevado de su gusto particular, introdujo allí una inmensa cantidad de perros. Veneran la grulla, como nuncio de felices auspicios, y la pintan en las murallas, en los templos, en el palacio. Las damas aprecian mucho la mosca nocturna, mariposa de elegantísimas alas matizadas de azul y de oro, de la cual (según cantan sus poetas) se prendan todos los insectos nocturnos y la requieren de amores: ella, para librarse de sus importunidades, los envía á buscar el fuego, y los insectos dan vueltas en torno de la luz, hasta que al cabo se consumen.

El pueblo numerosísimo (1), bello, ágil y vigoroso, de color aceitunado, estatura ménos que mediana, cabeza ancha, cuello corto, nariz chata, rostro mal proporcionado y sin pelo de barba, ojos mas oblongos que en ninguna otra raza y protegidos por cejas espesas y altas, parece una mezcla de Chinos y Manchúes; pero su idioma no conserva mas que unas cuantas voces chinas y ménos aun manchúes ni tártaras, no es monosílaba, y tiene sintaxis y conjugación originales. En otro sitio hemos hablado de su escritura (2). Seis siglos ántes de Jesucristo esculpian las monedas del imperio y los árboles genealogías de las familias principales; pero hasta 1206 no introdujeron la imprenta para los

iles Kuriles meridionales, de Krafó, de la Corée, des iles Liu-kiu, etc., de Pu. Fr. SEBOLD, con explicaciones del señor Hoffmann sobre cuanto pertenece á la historia y á las relaciones con la China.

(1) Kamper contaba allí 13,000 ciudades y 900,838 aldeas. (2) Tom. I, pág. 798.

libros de los buddistas. Rivalizan con los Chinos en el arte de representar exactamente los objetos naturales: los superan en dar á la porcelana la forma de vasos desmesurados, y en templar el acero.

Por miedo á los frecuentes temblores de tierra, construyen las casas de un solo piso, formando la armazón de vigas de cedro y paredes de tablas barnizadas de un blanquísimo esmalte. Visten sedas de colores claros, con flores y arabescos, y fabrican por sí mismos las telas y los adornos. Se raen la mitad de la cabeza, reúnen los cabellos restantes en la coronilla, y cuando van de viaje se envuelven en grandes hojas untadas de aceite, sin soltar nunca el abanico: su aseo es tal que les mueve el estómago la poca limpieza de los Europeos. Al saludar, se inclinan repetidas veces hasta el suelo; si se les injuria, no responden una palabra, pero su cuchillo se encarga de vengar la afrenta, cuando ménos se espera.

Acostumbran, como los Chinos, visitar los sepulcros, y son usos comunes de ambas naciones la fiesta de las linternas, los recursos dramáticos y las danzas voluptuosas. Tienen una sola mujer y muchas concubinas, que no celan tan cuidadosamente. Para casarse, la esposa de pié junto al altar enciende una luz, y en ella el novio enciende otra; despues ella arroja al fuego los juguetes de su infancia. Las casadas creen que las hormosea arrancarse las cejas y teñirse los dientes de un negro brillante. Cuando se les repudia, deben llevar la cabeza rapada. La prostitución tiene algo de religiosa, desde que el último pontífice soberano se ahogó, huyendo del kubo, y las mujeres que componían su corte, quedándose sin pan, lo ganaron por medio de aquel torpe tráfico.

Según parece, la China, por los tiempos en que se constituyó en monarquía, redujo el Japon á ser colonia suya, y asociando los Japoneses su civilización primitiva con la que les llevaron los Chinos, su impetuosa ferocidad con la mansedumbre de estos, su lengua polisílaba con la monosilábica de la China, las palabras indígenas con la construcción extranjera y con la declinación al estilo de los Tartaros, resultó una mezcla que hace aparecer aun mas extraño á aquel pueblo, que lo era ya en extremo por sus dos idiomas, uno reservado para la política, las leyes, la religion, la literatura, las ciencias, y el otro destinado á los diferentes oficios y á los usos populares; por sus dos constituciones, con la potestad eclesiástica al lado de la temporal; por el pundonor, aun mas sutil que en nuestros duelos, pues un Japonés que ha sido ultrajado desafía á su enemigo á destrozarse el vientre, al mismo tiempo que él.

Aunque estacionarios como los Chinos, son mas robustos, tienen un ingenio mas agudo y vivo, gran corazón y mas disposición para la libertad civil. Pero como pesa sobre ellos una servidumbre absoluta, su misma energía los ha arrastrado al delito, de suerte que con dificultad

se hallará un pueblo mas atroz en sus venganzas y mas facineroso. Se han dictado leyes sanguinarias á fin de reprimirlo, y las acciones están todas ajustadas á reglas severas: de cada cinco jefes de familia, uno ejerce el cargo de magistrado respecto de los demas; la familia entera es castigada por el delito de uno de sus individuos, y especialmente las mujeres por el que cometan sus maridos; todo está dispuesto de una manera propia para excitar aquella reciproca desconfianza, que es el peor y mas necesario arreo de la tiranía, y que la perpetúa.

La historia del Japon empieza por los siete grandes espíritus celestes (*Sen-sinsita-dei*) que reinaron millones de años: el último tuvo amores con una mujer, de la cual nacieron los únicos grandes dioses terrestres (*Dsia-sin-goodai*). Seiscientos sesenta años ántes de Jesucristo se presentó en el país Sin-mu, el guerrero divino con la cabeza de buey, que ocupó el trono á los setenta y ocho años, y reinó otros tantos: en él principia la era de los Japoneses llamada *Nin-o*. Su nombre indica que era extranjero, siendo probable que emigrara de la China, mientras que luchaban allí las sectas en tiempo de Cheu. Determinó la duración del año, dividido según las lunas, de modo que unas veces empieza en febrero, otras en marzo, y se intercalan siete meses cada diez y nueve años; dió leyes y comenzó la serie de los dairs ó emperadores religiosos, que duraron hasta 1585, mirados por los súbditos como dioses en autoridad y poder. El dairi sería profanado si tocase con los piés el suelo, por lo cual los nobles le llevan sobre sus hombros; el aire exterior no debe refrescar su rostro, ni el sol ofender con los rayos su sagrada majestad. No le han de servir dos veces los mismos vestidos, muebles y vasos; se reputaría sacrilegio cortarles los cabellos ó las uñas mientras está despierto; además, hubo tiempo en que debía permanecer todas las mañanas algunas horas inmóvil en el trono, con la diadema puesta, creyéndose esto necesario para la paz, hasta que se libró de tal molestia atribuyendo el mismo efecto á la corona colocada en el asiento imperial, y á la verdad, en el mundo la corona sola bastaría frecuentemente para hacer lo propio que el que la cenía. Una vez muerto, los ministros le destinaban por sucesor al mas próximo heredero, cualquiera que fuere su edad ó sexo.

La historia del Japon, desde 660 ántes de Jesucristo hasta el año 400 de la era vulgar, menciona apenas diez y siete emperadores, todos oriundos de un mismo tronco, y poquísimos sucesos. Uno es la guerra de los Yet y de los Go; otro una erupción volcánica que en el término de una noche formó el gran lago de Biwa-nomi. Se hizo creer á Tsin-schi-vang-ti, emperador de la China, que crecía en el Japón la yerba de la inmortalidad, y que para cogerla se necesitaban trescientos pares de jóvenes. El asutó médico, habiendo conseguido que se pusiese á sus órdenes este número de individuos se

204. valió de ellos para establecerse en el Japon. Sin-
d. J. C. gu-Kogu, primera emperatriz que ocupó aquel
trono, trató de conquistar la Corea, guiando por
sí la expedición, que fué afortunada en gran
parte. Creó las postas en su imperio. Su hijo y
sucesor Oosin fué venerado despues de morir,
con el título de Fatsman, como dios de la guer-
ra. Ninto-ku, hijo de Oosin y décimoséptimo dai-
ri, que vivió ciento setenta años y reinó ochenta
y siete, es el último emperador fabuloso de su
937. historia. En 799 los Manchúes, habiendo inten-
tado ocupar el país, fueron rechazados: en 1281
los Mogoles, despues de conquistar la China,
embarcaron contra el Japon cien mil guerreros
en novecientos buques que suministró la Corea;
pero una tempestad excitada por los dioses los
dispersó.

En lo tocante á las creencias, se dividen en
tres sectas principales: los sinto, adoradores
de los ídolos nacionales antiguos; los sinto ó
moralistas que profesan un deísmo parecido al
de los letrados chinos, y desprecian los demas
cultos; por último, los budzos, procedentes del
buddismo. Los sinto adoran á un Dios supremo,
que demasiado elevado para cuidar de las cosas
de este mundo, las abandona á divinidades in-
feriores. Entre estas la principal es la diosa Ten-
sio-dai-sin, á quien nadie puede dirigir sus
súplicas sino por el intermedio de los siu-go-
sin, divinidades tutelares. Sus templos son habi-
taciones y galerías formadas de bien entendidos
tabiques removibles, con esteras de paja en el
pavimento, donde ponerse en cuclillas: no se
ve allí ninguna imagen del Dios supremo, sino
algunas figuras de los dioses menores. En me-
dio del templo hay un espejo, y todas las fiestas
son alegres, cual conviene á númenes dispensa-
dores del bien. Creen que las almas de los bu-
enos suben á regiones luminosas, próximas al
empíreo, y que las de los malvados vagan por
los espacios aéreos hasta cumplir la expia-
ción: aborrecen la sangre y la carne de los
animales, y no tocarían un cadáver por nada
del mundo.

Los budzos son en el fondo buddistas, que
pasaron allí desde la Corea en 543 despues de
Cristo; pero tienen máximas y ceremonias
especiales mezcladas, de tal suerte que con
dificultad pueden separarse los dogmas. Se les
atribuye el culto de Amida y Saquia, dispensa-
dores de una larga vida y de todos los bienes,
no acabando nunca de contar sus prodigios. Á
imitación suya creen obra meritoria quitarse la
vida, por lo cual son allí frecuentes los sacrifi-
cios voluntarios que hemos visto ensangrentar
las fiestas de la India. Los devotos de Saquia
las mas de las veces se ahogan despues de des-
pedirse solemnemente de sus padres y amigos,
que los acompañan al lago fatal; los de Amida
se dejan morir de hambre, haciéndose empare-
dar en un estrechísimo espacio con solo un
agujero, por el cual conservan el aliento.

Mas moderno es Cambadoxi, bonzo elevado
á la categoría de dios, al que atribuyen la in-

vención del alfabeto silábico. Las distintas sec-
tas rinden culto á otros héroes tambien divini-
zados; pero convienen en los cinco preceptos
siguientes: no matar á ningún ser viviente, no
comer lo que se mata, no robar, no fornicar,
no mentir y no beber vino. Los religiosos ma-
ceran su cuerpo con penitencias austerísimas,
é inspiran temor al pecado pintando las penas
del infierno, ya por medio de palabras, ya por
medio de horribles figuras, que entristecen los
templos y las calles. Las ciudades, las aldeas y
los desiertos están llenos de templos y monas-
terios; en algunos viven hasta mil monjes re-
gulares; al paso que los bonzos seculares habi-
tan en las casas, todos dependientes de sus
pontífices. En el templo de Cano, hijo de Amida,
el dios está representado en mil estatuas con
várias actitudes; en otro, este número asi-
ciende á treinta y tres mil trescientos treinta
y tres. Uno de los sesenta templos que
hay en Meaco, igual en longitud á la cate-
dral de Milan, es de piedra, y está construido
en la cima de una montaña, adonde se sube
por un camino adornado de columnas á cada
diez pasos, con faroles colgados de una á otra:
allí está la estatua de Daibut, esto es, del gran
Budda, sentado en una flor de loto. Antes era de
bronce dorado; pero habiéndola echado á per-
der el terremoto de 1662, se substituyó en su
lugar una de madera, de ochenta y tres piés de
altura, cubierta de papel dorado.

La cabeza de uno de aquellos ídolos es tal
que caben en ella quince hombres, y está
colocado en un trono de 70 piés de alto y 80 de
ancho. Cerca de él se ve la campana mayor del
mundo, que tiene mas de diez y siete piés de
altura y pesa 2.000.000 de libras holandesas.
Al templo de Cubuco se llega por tres patios
con pórticos de columnas, construidos uno so-
bre otro: subiendo al segundo por una magní-
fica escalera, se encuentran dos figuras gigan-
tescas en acto de guardar la entrada; en la
gradería que conduce al templo hay dos leones
de enorme tamaño; en lo interior se ve la esta-
tua de Saquia, con dos de sus hijos sentados
junto á ella, y setenta columnas de cedro de
un espesor portentoso, cada una de las cuales
costó 5.000 ducados. El monasterio anexo
tiene 780 celdas, una riquísima biblioteca, y
todas las comodidades con espléndida ele-
gancia (1).

Constituye el símbolo de la divinidad una
tira de papel atada á bastones de caña del
Japon, y se ve, no solo en los templos, sino
tambien en todas las casas. En los desastres
naturales, y especialmente en los terremotos
que se repiten allí á menudo, acuden á los
bonzos para aplacar á la irritada divinidad por
medio de ceremonias, y á veces hasta inmo-
lándole víctimas humanas. Doscientas mil per-
sonas cumplen cada año la penosísima pere-
grinación á Nara, atravesando un espacio de

(1) ALMÉIDA, *Epist. Ind.*; VARENIO, *Hist. del Japon.*

mas de 200 millas. Eligen la senda mas áspera
y solitaria, caminan con los piés descalzos, y su
único alimento consiste en tomar dos veces al
die un puñado de arroz tostado y tres vasos de
agua pura; pero como el viaje, durante los pri-
meros ocho días, se verifica por terrenos ári-
dos, á menudo falta el agua ó se corrompe, y
los peregrinos mueren de sed. Los bonzos diri-
gen la peregrinación; árbitros de las caravanas,
ordenan la austeridad, y castigan cualquiera
transgresión, por leve que sea, colgando al
pecador de una rama, donde pronto le abando-
nan las fuerzas y cae en el abismo: se califica
de culpa la compasión que se muestre hácia él.
Hay un campo en que deben permanecer du-
rante veinticuatro horas con los brazos cruza-
dos y la boca sobre las rodillas, mientras
examinan su conciencia. Subiendo luego á la
cúspide de una montaña elevadísima, término
del viaje, son colocados uno á uno en una ba-
lanza suspendida encima del precipicio, y allí
deben confesarse en alta voz; si alguno disimula
ó vacila, el bonzo afloja la palanca que le sos-
tiene y le deja precipitarse. Los que se salvan
se dirigen despues á adorar al dios de oro,
Saquia, á ofrecerle tributo, y á celebrar la fiesta
de la redención.

Una tempestad llevó por la primera vez á
algunos Europeos á aquellas costas, segun he-
mos visto ántes; posteriormente un jóven del
país huyó á Goa, y habiéndose convertido á la
fe, descubrió las ventajas que los Portugueses
podrían reportar del comercio con su patria.
Encamináronse, pues, al Japon, y como todavía
no estaban cerrados los confines á los extran-
jeros, obtuvieron favorable acogida, y les fué
permitido andar por donde se les antojase.
Especialmente en la isla de Kiu-siu ó Kimo,
los príncipes trataron á porfía de asegurar á
sus súbditos el beneficio que esperaban del
comercio con los Portugueses. En efecto, aque-
llos podían de este modo vender útilmente los
ricos productos del país, mientras que la curio-
sidad y la ignorancia les hacía pagar carísimas
las mercancías de Europa; así aquel tráfico era
satisfactorio para ambas partes. Las personas
ricas del Japon se complacían en dar sus hijas
á estos guerreros europeos; 15.000.000 de fran-
cos se enviaban todos los años á Europa proce-
dentes de aquellas abundantes minas, estimán-
dose la ganancia en un ciento por ciento.

El emperador del Japon gobernaba antiguamente
de un modo absoluto; pero en 1143
empezó á confiar parte de su autoridad á un
kubo ó jefe militar que se convirtió luego en
hereditario, y que al fin, en el siglo XIV des-
pojo al dai-ri de la autoridad temporal, deján-
dole solo la espiritual, como derivada de su
origen divino. El dai-ri consintió, fuese á causa
de la fuerza, del afecto ó de la indolencia, y
desde entónces continúa considerándose como
un descendiente de los dioses que en los pri-
meros tiempos reinaron en el Japon: toma el
título de Ten-si, hijo del cielo, como el empe-

rador de la China; trasmite la autoridad á sus
descendientes, y cuando no tiene heredero,
encuentra uno cerca de los árboles que dan
sombra á su palacio. Pero el dominio de hecho
reside en el kubo ó seo-gun, que pasa un esti-
pendio al dai-ri, á sus ochenta y una mujeres,
y á los siervos que siguen tributándole los
honorarios divinos. Aunque el dai-ri no tiene nin-
gun poder en los asuntos públicos, siempre se
le consulta, á fin de conservar la apariencia de
su predominio. El seo-gun, cuando era elegido,
despues de cada cinco años acostumbraba ir á
Meaco á rendirle homenaje, casarse con una
de sus hijas, y reconocer su superioridad,
bebiendo en una taza de porcelana que luego
dejaba caer al suelo; mas habiéndose suscitado
una vez entre ellos cierta cuestión, quedó su-
primida la ceremonia, limitándose el seo-gun á
enviar todos los años felicitaciones al dai-ri, el
cual se las devuelve, mandando al efecto comi-
sionados á Yeddo.

Conrado Krammer, embajador de la compa-
ñía holandesa en el Japon, vió en 1626 en
Meaco la ceremonia de la visita quinquenal del
emperador secular al dai-ri. Los preparativos
empiezan un año ántes que el kubo se ponga
en marcha, y se disponen ántes, desde Yeddo,
su residencia ordinaria, hasta Meaco, donde en-
cuentran al dai-ri, veintiocho alojamientos, de
los cuales ocupa uno diariamente á las doce, y
otro por la tarde, hallando en cada uno corte
nueva, nuevos equipajes, guardias, y todo lo
necesario. Despues, todos sucesivamente van
en seguimiento del kubo, de tal manera que
á su llegada lleva tras sí un séquito tan nume-
roso, que la ciudad no basta á contenerlo. Las
calles de Meaco estaban cubiertas de arena
blanca y de talco pulverizado, lo que producía
el efecto de la plata; y en toda su longitud
había dos balaustradas guarnecidas por dos
hileras de soldados. Al despuntar el día, desfil-
aron los esclavos de los dos monarcas, porta-
dores de los regalos; despues, cien hermosas
litteras de brillante madera, llevadas cada una
por cuatro hombres, cubiertas de un ancho
quitasol de seda blanca, bordado todo de oro,
y dentro las damas y principales personajes de
la corte del dai-ri. Seguían ochenta nobles á
caballo, ostentando con profusión el oro, la
plata, las sedas y las pieles de tigre; cada uno
llevaba dos palafreneros que le tenían las bri-
das, y ocho criados de á pié. Tres carrozas
barnizadas con adornos de oro y esmalte, y
tiradas cada una por un par de toros negros
cubiertos de seda carmesí, conducían á las tres
favoritas del dai-ri; y el embajador, como era
mercader, valuó aquellos trenes en 370.000
florines de Holanda.

Iban luego las concubinas y damas de honor
en 23 litteras, con esclavos que sostenían los
quitasoles, despues 68 nobles á caballo; en
seguida señores de la primera categoría con
regalos para el kubo, á saber: dos grandes
sables, cuya empuñadura era de diamantes, un